

PREFACIO

PERDERLO TODO

Estados Unidos, febrero de 1945

—¡Compren bonos de guerra, es la mejor forma de ayudar a nuestros soldados! Esos bonos ayudarán a financiar el material con el que derrotaremos al Ejército alemán. Como buenos ciudadanos, es una forma decisiva de contribuir en la derrota de tiranos como Hitler —dijo un veterano de la 101ª División Aerotransportada algo achispado.

El soldado, un paracaidista curtido en Normandía, Holanda y las Ardenas, con paso no muy firme, bajó del escenario con cautela, había bebido más de la cuenta, no quería tropezar cayendo de un modo estrepitoso ante un apasionado auditorio que le aplaudía pese a su aspecto sudoroso y ligeramente etílico.

Llevaba el nudo de la corbata descuidado, las gotas de sudor le resbalaban por la frente, sus ojos brillaban, pero no a causa de la alegría, sino de la melancolía que le embargaba. Muchos veteranos llevaban el uniforme con orgullo, pero aquel hombre de metro ochenta y cinco, ojos azules y pelo castaño, lo vestía como si se tratase de una mortaja. Estaba deseando que en unos pocos meses le licenciasen para poder volver a vestir como un civil.

Los fognazos de luz que emanaban de las cámaras fotográficas le cegaron. Se frotó los ojos y bajó la mirada. Se retiró con paso no muy firme. No era más que la sombra de un hombre.

Suspiró al abandonar el auditorio, extrajo un pañuelo del bolsillo y se secó las gotas de sudor que corrían por su frente. No le gustaba hablar ante cientos de personas, hacer propaganda en favor del Gobierno no era lo suyo, solo quería volver a Seattle, encontrar un trabajo y tratar de rehacer su vida, eso si antes el alcohol no acababa con él.

Necesitaba un trago, salió a la calle, había llovido mientras pronunciaba un discurso en favor de la causa aliada, las aceras estaban encharcadas y las calles desiertas. Miró a su alrededor, se frotó los ojos, buscaba un bar donde saciar sus alcohólicas necesidades. Escuchó a sus espaldas unos tacones resonando contra el pavimento. Una mujer debía de estar siguiéndole varios metros por detrás. Se preguntó qué iba a querer una mujer de un alcohólico depresivo como él. No tenía muchas ganas de estar con mujeres, sobre todo desde que perdió a Sarah.

Entró en el local, un lugar apartado, oscuro, deprimente, ideal para lo que él buscaba: una borrachera en solitario, otra alcohólica noche matando sus penas entre copa y copa.

Tomó asiento en la barra, la iluminación del establecimiento era tenue, solo había un par de clientes charlando en tono distendido con el dueño del bar, hacía calor en aquel antro, pero no tenía otra cosa que hacer.

Una mujer entró por la puerta. Los zapatos de tacón volvieron a repiquetear contra el suelo. Tenía la visión tan nublada por el alcohol que apenas podía distinguir el rostro de la misteriosa mujer.

El dueño del bar, amablemente, se situó frente al desastrado veterano de aspecto depresivo.

—¿Qué quieres tomar, muchacho? Pareces cansado —preguntó el propietario del establecimiento.

—Una copa de ron, y haga el favor de ponerle un chorrito de Coca-Cola —dijo el veterano de guerra.

—En seguida —contestó el dueño del bar poniéndose manos a la obra.

Pagó su consumición al momento, rápidamente dio cuenta de su primera copa, pidió más ron con un poco de Coca-Cola. Aquello no era más que el principio de otra noche etílica.

El alcohol comenzó a hacer efecto, sus movimientos se volvieron más torpes, incluso su visión se tornó borrosa. Volvió a frotarse los ojos, estaba cansado, y a su alrededor, todo daba vueltas.

—¡Eh, soldado! —dijo alguien a su lado.

—No me gusta que me llamen soldado, perdí a mi mejor amigo y a la mujer a la que quería por culpa de la guerra —respondió él.

Los recuerdos de la guerra no paran de torturarme y lo único que me queda es ahogar las penas en alcohol. Me he vuelto un cabrón cínico y depresivo, hastiado de vivir en este loco mundo de mierda.

A veces me pregunto por qué no apreté el gatillo en Noville. Me hubiera ahorrado mucho sufrimiento. Supongo que no me suicidé porque creía que había esperanzas para mí, que podía alcanzar la catarsis, pero después de lo que viví en Bastogne, no puedo liberarme de ese dolor.

Noville, Las Ardenas, Bélgica, 3 de enero de 1945

Los últimos disparos resonaban en Noville, la resistencia alemana tocaba a su fin, mientras tanto, los paracaidistas se desplegaban por la ciudad registrando las viviendas en busca de enemigos.

La castigada localidad belga presentaba un siniestro aspecto, las casas estaban en ruinas, las calles estaban plagadas de cadáveres de ambos bandos y los blindados, ennegrecidos tras haber ardido, reposaban con sus inertes tripulaciones.

—¡Médico! —bramó desesperadamente Raymond Evans.

Entre sus brazos, languidecía el sargento Daniel Weston, el mejor amigo que había tenido desde que entró a formar parte de la 101ª División Aerotransportada. Palideciendo, el duro soldado, herido, se debilitaba por momentos, las fuerzas comenzaban a fallarle y todo el vigor que había mostrado a lo largo de la guerra se escapaba, estaba tan blanco como la nieve.

—No puedo morirme —dijo con la voz entrecortada.

—No vas a morirte, eres un cabrón demasiado tozudo como para morirte —dijo Evans con la voz temblorosa.

El corpulento Weston se desangraba, Evans intentaba contener la hemorragia, pero él, no era médico, poco podía hacer. Las ensangrentadas manos de Evans y Weston se estrecharon con fuerza.

—Vende muchos bonos de guerra, amigo, para mí, has sido como un hermano —dijo Weston con un débil hilo de voz.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Evans. ¡Cuántas cosas habían vivido juntos! Compartieron bautismo de fuego en Normandía, en el Día-D, se habían corrido demenciales juergas en

Francia, provocando disturbios y asaltando depósitos de intendencia, y habían compartido juntos la Navidad más dura de sus vidas en Bastogne; pero aquel gélido día de enero de mil novecientos cuarenta y cinco, parecía que sus vidas se separaban para siempre. Era terrible perder a alguien con quien había compartido tan intensas experiencias, alguien en quien se podía confiar, un leal compañero de trinchera, una persona que no abandonaba a sus camaradas.

¡No te mueras, hermano! ¡No me hagas esto! ¡Eres un cabrón demasiado obstinado, sigue aguantando! Ya he perdido a demasiada gente, tú no.

Me mantuviste cuerdo cuando estuve a punto de perder la cabeza, no te vayas.

Veo el miedo en tus ojos, hermano, temes a la muerte, estás palideciendo por momentos, la barba de tu rostro, tus ojeras y tu cuerpo tembloroso, pareces más muerto que vivo, ¡no dejes de luchar!

—Nosotros nos ocupamos, déjenos, váyase de aquí —dijeron dos sanitarios mientras se disponían a proporcionar atención médica a Weston.

—¡Resiste, hermano! —dijo Evans estrujando con fuerza las manos de Weston.

—Déjenos trabajar —insistió uno de los sanitarios.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Evans con desesperación.

El sanitario negó con la cabeza, Evans dobló la esquina, no quería ver morir a su mejor amigo, después de perder a Sarah, no podía soportar otro mazazo.

**Alrededores de Bastogne, Las Ardenas,
Bélgica, 3 de enero de 1945**

Sarah estaba tendida sobre la nieve, Weston le proporcionaba los primeros cuidados médicos. De fondo, se escuchaba el tableteo de las ametralladoras y el tronar de los cañones. Los copos de nieve caían mientras Evans y Sarah se miraban el uno al otro.

—Te quiero —dijo ella tras emitir un gemido de dolor.

—Yo también te quiero —respondió Evans acariciando el rostro mientras apartaba la melena pelirroja de Sarah.

Era tan guapa, cómo un ser humano tan adorable como Sarah podía morir en un agujero como Bastogne. No era justo, ella no merecía eso. Sus ojos azules, lentamente se vaciaban de vida, su piel pálida era más blanca de lo habitual, sus labios temblaban, Evans volvió a acariciarla.

Evans había disfrutado de sus suaves formas entre la paja apenas un día antes, había llegado a amarla en poco tiempo. Un súbito flechazo hizo que sintiese cosas muy fuertes por Sarah, sentimientos que solo había tenido antes por otra mujer.

—Eh, mírame, pelirroja —dijo Evans sonriendo a Sarah.

Su cuerpo, tendido sobre la nieve, temblaba, Evans besó la frente de Sarah y alzó la vista.

—¿Dónde coño está ese jeep, Weston? —dijo Evans.

—Llegará enseguida —respondió Weston.

Enseguida era una eternidad para Evans y para Sarah. Quería hundirse, quería llorar, estaba más asustado que nunca, quería salir corriendo de entre aquellos bosques, perder la cabeza, gritar, pero debía mantenerse firme, tenía que transmitir calma a Sarah, darle esperanzas, decirle que todo iba a salir bien.

Es terrible mirar a los ojos de la mujer a la que amas mientras ves cómo se le va la vida. Es como si una parte de ti muriese con ella. Si la muerte de Eileen fue dura, esto es infinitamente peor.

Siento como si estuviese maldito, ¿por qué toda la gente a la que amo tiene que acabar muriendo en esta guerra?

—Ray, si me muero, no olvides... —dijo Sarah.

—No vas a morir, vendrás a casa conmigo, te haré el amor todos los días, como en ese granero, viviremos juntos —dijo Evans tratando de infundir algo de esperanza en ella.

—No olvides que te quiero —dijo Sarah.

Llegó un jeep derrapando entre el hielo y la nieve, con dos sanitarios a bordo, los hombres, portando su característico brazalete con la cruz roja y cargando con sus botiquines, corrieron a asistir a Sarah.

—Ray, bésame, hazlo como si fuese la última vez —pidió Sarah.

Se despidió de ella con un intenso beso, las lágrimas brotaron de los ojos de Sarah, los sanitarios pusieron mala cara al ver sus

heridas. Evans sintió que la boca se le secaba, tenía náuseas y la cabeza le dolía como si le hubiesen golpeado con una piedra.

Suspiró afligido mientras los sanitarios evacuaban a Sarah con un gesto en el rostro que expresaba: haremos todo lo que podamos.

Sarah, tenía un pie en la tumba.

PRIMERA PARTE

UN DÍA EN NORMANDÍA

Las tropas paracaidistas americanas cayeron en medio de nuestras posiciones. ¡Qué noche!

Un cabo primero alemán perteneciente a la 91ª Luftlande-Division en Normandía

Doblado en dos y agarrado a mi paracaídas de emergencia, pude sentir el azote y oír el crujido de la campana que empezaba a desplegarse; el estallido que siguió era el de los cables; después, detrás del casco, un silbido, el de las argollas.

Instintivamente, los músculos de mi cuerpo se contrajeron para soportar el choque de apertura. Casi me descompuse cuando se abrió la campana con una especie de explosión. Al mirar la campana, vi las balas trazadoras que la atravesaban. En el mismo instante, choqué con el suelo de espaldas con un golpe tan fuerte que quedé aturrido por un momento...

El cielo estaba iluminado como una fiesta. Me quedé un instante tumbado contemplando el espectáculo. Era impresionante. Pero no podía evitar el preguntarme si había sentido primero el choque de apertura o el choque contra el suelo; las dos impresiones fueron casi simultáneas.

Donald R. Burgett,
veterano de la 101ª División Aerotransportada

1

**Londres, Inglaterra
Mayo de 1944**

Sentado en un banco, a la sombra de un árbol, con su uniforme de paseo, el soldado Raymond Evans, un periodista militar de la 101ª División Aerotransportada, esperaba que se hiciese la hora para dirigirse a la estación y tomar el tren que le llevase hasta su nuevo destino: Greenham Common.

Con su petate sobre el banco, y ojeando un periódico inglés, se sentía tranquilo y relajado en el apacible ambiente que le ofrecía el verde y extenso Hyde Park. Las ardillas merodeaban por los alrededores, resabiadas y dispuestas a llevarse a la boca el más mínimo resto de comida, inmersas en la búsqueda de bellotas. A Evans le resultaban graciosos aquellos animales que correteaban a través de la suave hierba y trepaban con gran habilidad por los árboles.

Tenía los ojos azules, el cabello cortado a máquina y tras muchos meses de agotador entrenamiento, estaba en plena forma. De su carácter podía decirse que era alguien sociable, dispuesto a reírse hasta de su sombra, luchador, perseverante y con ilusión por la vida aunque las cosas no siempre le saliesen bien. Pero en su interior, también tenía sus demonios, tragedias personales que le torturaban.

Ataviado con su uniforme de paseo, habiéndose aflojado el nudo de su corbata caqui, con el emblema de un águila sobre la chaqueta, indicando que era un paracaidista de la 101ª División Aerotransportada, se levantó y se estiró mientras bostezaba en medio de aquel pacífico e idílico entorno.

Un perro que ladraba interrumpió el apacible momento de tranquilidad, las ardillas, rápidamente se dispersaron, y Evans, con su metro ochenta y cinco, su pelo castaño y sus ojos azules, a falta de planes para aquella mañana, recogió sus pertenencias y dio un paseo por el parque. Evans era un tipo dispuesto a reírse de cualquier cosa, con gran sentido del humor, que intentaba hacer tantos amigos como pudiese, era entusiasta en su trabajo como periodista,

y tenía aspiraciones y planes para su futuro profesional, otra de sus facetas era que se trataba de un gran amante de la literatura, al que le encantaba disfrutar de una buena juerga siempre que fuese posible.

Mientras caminaba por aquella isla de armonía que era Hyde Park, se cruzó con un sinfín de soldados, cada uno con un uniforme distinto, de diferentes unidades y muy diversas nacionalidades. Inglaterra, estaba tomada por innumerables legiones de soldados británicos, canadienses, estadounidenses, franceses, polacos, australianos, noruegos, holandeses, indios y de otras múltiples procedencias.

Los ejércitos aliados estaban omnipresentes por doquier, en todas las calles podía verse a algún hombre de uniforme, y los oficiales, como si se tratase de una clase social privilegiada, disfrutaban de los hoteles y restaurantes más selectos de Londres, mientras que los simples soldados como Evans debían contentarse con pasar el rato en los pubs bebiendo pintas de cerveza junto al pueblo llano.

Nunca se sintió extraño en Inglaterra, más aún cuando tantos conciudadanos suyos llevaban años afincados allí, entrenándose a la espera de recibir la orden de atacar y abrir brecha en el famoso Muro Atlántico de Hitler. Había llegado incluso a encontrarse a gente de su ciudad durante su estancia en tierras británicas, por lo que en ocasiones llegaba a sentirse casi como en casa y, los ingleses, le habían tratado con cariño y respeto, mostrándose amables y agradecidos.

Lamentaba tener que despedirse de Londres, pero su trabajo haciendo entrevistas a oficiales del Ejército en la capital británica había terminado, y debía volver a sus arduos quehaceres como reportero, era un soldado más, un combatiente, un paracaidista al que se le añadía la obligación de escribir artículos y realizar entrevistas para el Ejército. Su labor periodística era férreamente controlada, algo que enervaba a Evans, pues le molestaba mucho encontrar numerosos tachones en sus artículos y veía su libertad de expresión constantemente coartada.

Sin embargo, se sintió satisfecho por poder disfrutar de exquisitos espumosos en el lujoso Hotel Savoy, aunque le resultó repugnante la compañía de algunos pretenciosos y estirados oficiales que frecuentaban el selecto establecimiento.

Mientras marchaba con aire desenfadado, dispuesto a abandonar Hyde Park, se le escapó una carcajada al ver un preservativo usado sobre el césped, pensó que algún soldado se lo había pasado en grande la noche anterior entre la hierba y los árboles del parque.

Evans sabía perfectamente lo que pasaba por las noches en lugares como Green Park y Hyde Park, donde los soldados y las prostitutas que les ofrecían sus servicios, copulaban en medio de la oscuridad que les brindaba la noche, incluso el propio Evans, recibió varias proposiciones similares de algunas meretrices.

No le quedaba mucho dinero en los bolsillos, apenas tenía para comer algo, por lo que todo lo que podía hacer era deambular por las calles de Londres y, llegado el momento, tomar su tren para incorporarse a su unidad. Dejó Hyde Park con un intenso ruido en su estómago, que demandaba alimentos.

Al borde de la calzada, mientras toda clase de vehículos circulaban, Evans aguardaba su turno para poder cruzar, y entonces, su mirada se posó en un trasero femenino, embobado, no pudo apartar sus ojos de aquellas atractivas formas.

Al levantar la mirada, contempló una melena pelirroja y unos bonitos ojos marrones, aquella chica era un auténtico bombón. Su piel era pálida y tenía aspecto de ser fina, la muchacha le atrajo desde el primer momento.

La joven, se dispuso a cruzar la calzada de manera precipitada, sin tomar demasiadas precauciones, sonó el claxon de un automóvil y, rápidamente, Evans, de un tirón, evitó que la chica fuese atropellada; ambos cayeron torpemente al suelo.

—Lo siento, perdóname, pero casi te llevan por delante —se disculpó Evans por haber tirado tan fuerte de la mujer.

—No importa, gracias, si no fuese por ti, me habrían atropellado —agradeció ella.

—Me llamo Raymond Evans, pero puedes llamarme Ray, soy un periodista del Ejército de Estados Unidos —se presentó él dedicando una amable sonrisa a la chica.

—Sarah Grant, soy digamos que me dedico a la fotografía —respondió amablemente ella.

—Encantado —dijo Evans tendiendo la mano a la chica.

Sarah le estrechó la mano y le devolvió la sonrisa. El estómago del soldado de la 101ª División Aerotransportada rugió fuertemente, y ella lo percibió.

—Disculpa, es mi estómago, me recuerda que tengo hambre, por desgracia estoy sin un céntimo mientras espero un tren para incorporarme a mi unidad —se excusó Evans.

De nuevo, el estómago del soldado volvió a hacer de las suyas. Sarah, se echó a reír.

—Te invito a comer a mi casa, seguro que nos viene bien intercambiar opiniones entre un periodista militar y una fotógrafa de guerra —sugirió Sarah.

Evans, sin dudarle un instante, aceptó la oferta de aquella joven fotógrafa.

* * * * *

Vivía en un pequeño piso en la capital británica, con un estilo de empapelado demasiado anticuado para las paredes. El inmueble al completo era anticuado, pero limpio. Los muebles tenían un estilo demasiado recargado, tanto, que Evans casi se echa a reír cuando pensó en comentar que se trataba de un mobiliario de estilo barroco, pero no quiso ofender a su anfitriona.

—Este es mi piso, es algo viejo, pero para el tiempo que voy a estar en Londres, me sirve, en cuanto empiece la invasión, me voy al continente —explicó Sarah.

Había unas cuantas fotografías de guerra sobre la mesa del salón, y los ojos de Evans se posaron sobre ellas. Sin poder evitarlo, cogió algunas de las fotografías, mostraban imágenes duras, y otras, que sugerían acción, pero sin llegar a mostrar todas las penalidades del combate.

—Disculpa, pero no he podido evitarlo, son unas imágenes muy buenas —dijo el soldado mientras echaba un vistazo al trabajo de Sarah.

—Gracias, son mis últimos trabajos en Italia, ahora, estoy esperando a que Eisenhower se decida a ordenar la invasión para tener más material y poder seguir trabajando —dijo Sarah.

—Yo también estoy esperando que nos ordenen invadir Europa, aunque he de decirte, que a veces, me acojona, quiero decir, le doy demasiadas vueltas a lo que podría pasar cuando entremos en combate —añadió Evans.

—¿A quién no iba a acojonarle? Es normal tener miedo —replicó Sarah.

—En fin, supongo que se trata de afrontar los problemas, no sé si me entiendes, no venirse abajo en los momentos clave —dijo Evans.

—Eso es, Ray, cuando te están disparando, lo peor que puedes hacer es perder la cabeza y dejarte dominar por el pánico, el terror te impide pensar y actuar como es debido, te lo digo por mis experiencias en Italia —le aconsejó ella.

—Gracias, tomo nota —dijo Evans.

—Ahora, no te preocupes por eso, tú se feliz y disfruta del momento, por cierto, ¿no tenías hambre? —dijo Sarah.

—Sí, sí, tengo hambre —admitió el soldado.

—Estupendo, hoy tenemos Woolton Pie para comer —anunció la joven fotógrafa.

—Woolton Pie, suena bien—apuntó Evans.

Sarah fue a la cocina, y volvió con una bandeja portando un pastel de verduras, aquello, para Evans, no tenía muy buen aspecto, parecía un mejunje incomedible. El *Woolton Pie* era un pastel hecho a base de cebollas, zanahorias, patatas y harina, formaba parte de la dieta habitual de millones de ciudadanos británicos que subsistían en medio de la escasez y el racionamiento. Se suponía que aquel plato debía contribuir a cubrir las necesidades nutricionales de la población.

—Muy bien, sírvete lo que quieras —dijo Sarah.

Evans, no muy convencido, cortó un pedazo de aquel pastel; ni tan siquiera, en el Ejército, había visto algo así, no tenía pinta de estar muy bueno.

—No seas tímido —le instó Sarah para que se sirviese más cantidad.

—No te preocupes, así está bien —respondió Evans que no quería arriesgarse a ingerir demasiada cantidad de aquel pastel.

Comió el primer bocado, le resultó duro, áspero e indigesto, como si estuviese atiborrándose de cemento. Su rostro enrojeció, había sido una sensación muy desagradable. Rápidamente, bebió un vaso de agua. Sarah se echó a reír ante la reacción de Evans.

—¿Te resulta demasiado fuerte? La verdad es que es un plato un poco indigesto si no estás acostumbrado —señaló ella ocultando sus intenciones tras una malévola sonrisa.

—Es como si estuviese comiendo ladrillos, está más duro que una piedra —dijo Evans con un hilo de voz.

Sarah se echó a reír ante los comentarios de su invitado.

—¿Los británicos soléis envenenar a vuestros invitados? Si les dieseis a comer este pastel a los alemanes, hace tiempo que habríais ganado la guerra —declaró Evans.

—Es difícil acostumbrarse a esta porquería, hace falta un estómago duro, y todo esto se lo tenemos que agradecer al tío Adolf, llevamos cuatro años aislados de Europa —dijo Sarah con amargura.

Evans apenas escuchaba las palabras de Sarah, intentaba hacer los menos aspavientos posibles mientras ingería aquella nada apetitosa mole.

Woolton Pie, esto es mierda compactada, es peor que almorzar en un retrete. ¡Vaya ladrillo!

—Cuéntame, Ray, ¿cómo es tu trabajo en el Ejército? —quiso saber Sarah.

Se dio un golpe en el pecho después de que la comida bajase por su esófago y bebió otro vaso de agua.

—Tiene sus cosas buenas, conoces a mucha gente, y como me gusta escribir, está bien, pero mis superiores, siempre están censurándolo todo. Supongo que se agradecería un poco más de libertad —contestó Evans.

—Te está costando terminar el pastel —señaló ella.

El soldado se llevó a la boca otro pedazo de Woolton Pie, con desgana, lo ingirió mientras Sarah se divertía observando sus reacciones.

—Eres un paracaidista —dijo Sarah señalando el escudo de la división a la que pertenecía Evans.

—Sí —respondió el soldado mientras terminaba de tragar la comida.

—Come más —le instó ella.

—¡Paso, eres peor que mi madre, no pienso dejar que me envenenes! —se quejó Evans.

—Como quieras, déjalo si no te gusta —dijo Sarah entre risas mientras contemplaba las reacciones de asco a través de las expresiones faciales de Evans—. Como decía, eres un paracaidista, supongo que te alistaste voluntario.

—Sí, así es —admitió Evans.

—Entonces, Ray, dime, ¿cuáles fueron los motivos por los que te alistaste? —preguntó Sarah.

—Esos motivos, me los reservo para mí mismo —dijo Evans como si escondiese algo.

—Está bien, como quieras —Sarah no quiso incomodar a su invitado.

Evans consultó su reloj, se hacía la hora y debía tomar un tren para presentarse en Greenham Common. Maldijo tener que prescindir de la compañía de Sarah, más aún cuando una chica como aquella se había mostrado abierta y amable desde el primer momento. Deseó poder volver a verla lo antes posible, se sentía cómodo junto a ella.

—Muchas gracias por todo, Sarah, has sido muy amable, de verdad, ha sido un placer conocerte; espero poder volver a verte algún día y tomar una cerveza juntos —se despidió Evans.

—Oye, Ray, mucha suerte, ten cuidado, y recuerda: no dejes que el pánico te domine —le aconsejó Sarah.

